

VI

La familia y los criados esperaban delante de la blanca fachada de pilares de ladrillo. Detúvose la silla de postas, y los abrazos fueron largos. Mamaíta lloraba; Juana, conmovida, enjugó dos lágrimas; papá, nervioso, iba y venía.

Luego, mientras se descargaban las maletas, los recién venidos describieron su viaje, en torno al fuego del salón. Las palabras salían atropelladas de labios de Juana; y todo lo dijo, todo, en media hora, excepto algunos detalles olvidados por la rapidez de la narración.

Concluída ésta, fué la joven á deshacer los paquetes. Rosalía, conmovida también, le ayudaba. Una vez terminada esta faena, cuando la ropa, los vestidos, los objetos de tocador estuvieron ya en su sitio, la doncella dejó á su señorita, y ésta, algo cansada, se sentó.

Preguntábase lo que iba á hacer ahora, bus-

cando una ocupación para su espíritu, una tarea para sus manos. No tenía ganas de volver al salón donde su madre dormitaba, y pensaba en dar un paseo; pero el campo parecía tan triste, que sólo con verle desde su ventana sentía en su corazón como el peso de una gran melancolía.

Entonces vió que ya nada tenía que hacer, nada, jamás. Había pasado su juventud en el convento, preocupándose en el porvenir, atareada de pensar. La continua agitación de sus esperanzas llenaba en aquellos tiempos sus horas, sin que ella advirtiera que pasaban. Luego, apenas salió de las austeras paredes en que se habían abierto á la luz sus ilusiones, halló cumplida su ansia de amor. Había hallado al hombre que aguardaba, le había amado, habíase casado con él en unas cuantas semanas, como se casa uno cuando toma una determinación brusca, y este hombre la recogió en sus brazos sin darle tiempo á que pensase en nada.

Pero he aquí que la dulce realidad de los primeros días iba á convertirse en la realidad cotidiana que cerraba el paso á las esperanzas indefinidas, á las encantadoras inquietudes de lo

desconocido. Sí: ya no tenía nada que esperar, nada que hacer, ni hoy, ni mañana, ni nunca. Todo lo sentía vagamente en cierta desilusión, en un adormecimiento de sus sueños.

Levantóse, y fué á pegar su frente á los finos cristales. Después de haber mirado algún tiempo al cielo, por el cual rodaban nubes sombrías, se decidió á salir.

¿Eran aquellos el mismo campo, la misma hierba, los mismos árboles que en el mes de Mayo? ¿Qué había sido de la alegría, llena de sol, de las hojas, y la fresca poesía del césped en que brillaban los dientes de león, sangraban las amapolas, radiaban las margaritas, se estremecían, como suspendidas de hilos invisibles, las fantásticas mariposas amarillas? Aquella embriaguez del aire cargado de vida, de aromas, de átomos fecundantes, ya no existía.

Las avenidas, humedecidas por las continuas lloviznas otoñales, se extendían, cubiertas por una espesa alfombra de hojas secas, bajo la delgadez de los manzanos semidesnudos. Las ramas, apedreadas por el granizo, temblaban aún, agitando algunas hojas prontas á desperdigarse en el espacio. Y sin cesar, durante todo el día,

como una lluvia incesante y triste que daba lástima, estas últimas hojas, ahora amarillentas, parecidas á anchas monedas de oro, se desprendían, revoloteaban y caían.

Llegó hasta el bosquecillo, que estaba triste como la alcoba de un moribundo. La verde pared que separaba y daba tonos misteriosos á las inmensas avenidas, se había deshojado. Los arbustos, mezclados como un encaje de hojas finas, chocaban unas contra otras sus delgadas ramas; y el murmullo de las hojas caídas y secas que la brisa empujaba, removía, amontonaba, parecía un doloroso suspiro de agonía.

Algunos pajarillos frioleros saltaban de rama en rama, buscando un abrigo, exhalando ligeros gritos quejumbrosos.

Garantidos, no obstante, por la espesa cortina de los olmos, arrojados á vanguardia contra el viento del mar, el tilo y el plátano, cubiertos todavía por su adorno estival, parecían vestidos: uno de terciopelo encarnado, otro de seda color de naranja, teñidos por los primeros fríos, según la naturaleza de su savia.

Juana iba y venía á pasos lentos por la avenida de mamaíta, á lo largo de la granja de los

Couillard. Algo pesaba sobre ella como la idea de los largos aburrimientos de la vida monótona que empezaba.

Sentóse luego sobre el declive en que Julián la había hablado de amor por primera vez; y quedó allí desvariando, casi sin pensar, presa de una gran languidez, sintiendo ganas de acostarse, de dormir, para escapar á la tristeza de aquel día.

De pronto vió una gaviota que atravesaba el cielo impelida por una ráfaga; y se acordó de aquella águila que había visto allá abajo, en Córcega, en el sombrío valle del Ota. Recibió en el corazón la violenta sacudida, que da el recuerdo de una cosa buena y que ha acabado; y bruscamente vió á su vez la isla radiante, con su salvaje perfume, su sol que madura las naranjas y las cidras, sus montañas de cumbreras achatadas, sus golfos azules y sus valles, por los cuales se desbordan sus torrentes.

Entonces el húmedo y duro paisaje que la rodeaba, con la fúnebre caída de las hojas y las nubes grises arrastradas por el viento, la envolvió en tal espesura de desolación, que se volvió para no romper á llorar.

Mamaíta, acurrucada delante de la chimenea, dormitaba, hecha ya á la melancolía de sus días, que pasaban por ella sin afectarla. Papá y Julián habían salido á pasearse, hablando de sus negocios. Y llegó la noche, esparciendo sus sombras por el vasto salón, alumbrado únicamente por los reflejos del fuego.

Fuera de la casa, por las ventanas, un resto de luz permitía aún distinguir aquella sucia naturaleza de fin de año, y el cielo gris oscuro, como si le hubieran frotado con lodo.

A poco llegó el barón, seguido de Julián; en cuanto entró en la pieza, envuelta en sombras, llamó gritando.

—¡Pronto, pronto, luces, que esto está muy triste!

Y se sentó delante de la chimenea. Mientras sus pies mojados humeaban á la proximidad de la llama y el barro de las suelas caía, seco por el calor, frotábase las manos alegremente.

—Yo creo,—decía,—que va á helar; el cielo aclara por el Norte, y esta noche es luna llena; esta noche va á hacer frío.

Luego, volviéndose hacia su hija:

—Y bien, pequeña: ¿estás contenta por ha-

ber vuelto á tu país, á tu casa, al lado de tus viejos?

Esta sencilla pregunta desconcertó á Juana. Echóse en brazos de su padre, con los ojos bañados en lágrimas, y le abrazó nerviosamente, como para pedirle perdón; porque, á pesar de los esfuerzos que hacía para aparecer alegre, sintióse triste y próxima á desfallecer. Pensaba, no obstante, en la alegría que al volver á ver á sus padres se había prometido; y se asombraba de esa frialdad que paraliza la ternura, como si, cuando se ha pensado mucho de lejos en los seres queridos, perdiendo el hábito de verlos á todas horas, se experimentase al volverlos á ver una especie de atrofia de afecto hasta que se reanudan los lazos de la vida.

La comida fué larga, y apenas se habló en ella. Julián parecía haberse olvidado de su mujer.

En el salón, dejóse la joven invadir por el sueño frente á mamaíta, que dormía; despertada un momento por la voz de los dos hombres que disputaban, se preguntó, intentando sacudir su espíritu, si á ella también iba á invadirla ese sombrío letargo de las costumbres que ningún incidente interrumpe.

La llama de la chimenea, débil y rojiza durante el día, hacía viva, clara, juguetona; arrojaba grandes reflejos súbitos sobre las tapicerías deslucidas de los sillones, sobre el zorro y la cigüeña, sobre el erizo melancólico, sobre la cigarra y la hormiga.

El barón se acercó, sonriente, y tendiendo sus dedos abiertos hacia los tizones:

—¡Hola, hola!—dijo.—La leña arde bien esta noche. Hiela, hijos míos, hiela.

Luego, apoyando la mano en un hombro de Juana, y señalándola el fuego, añadió:

—Mira, hija mía, lo mejor que hay en el mundo: el hogar, el hogar con la familia á su alrededor. Nada vale lo que él. Pero... ¿no os parece que nos acostemos? Vosotros debéis de estar rendidos.

Ya en su cuarto, preguntábase la joven cómo podrían ser tan diferentes estos regresos á los mismos lugares á quienes creía amar. ¿Por qué razón se sentía ahora como muerta? ¿Por qué aquella casa, aquel paisaje tan querido, todo lo que en otro tiempo hacía latir su corazón, la parecían hoy tan tristes?

Pero, de pronto, su vista se detuvo en el re-

loj. La abejilla seguía oscilando de izquierda á derecha, con el mismo movimiento rápido y continuo, por cima de las flores bermejas. Bruscamente sintióse Juana dominada por un impulso de afecto, comovida hasta derramar lágrimas delante de aquella piececilla mecánica que parecía viva, que le cantaba la hora y palpitaba como un pecho.

Con seguridad que no la había conmovido tanto abrazar á sus padres. El corazón tiene misterios que no penetra la razón.

Por primera vez desde que se casó, estaba sola en su lecho. Julián, pretextando cansancio, había escogido otro cuarto. Además, habían convenido en que cada cual tuviera el suyo.

Tardó mucho en dormirse, extrañando ya no sentir otro cuerpo contra su cuerpo, habituada ya á no dormir sola, preocupada con el viento huracanado del Norte que se encarnizaba contra el techo.

A la mañana la despertó un gran resplandor que teñía de sangre su lecho; y los cristales, como si todo el horizonte estuviese ardiendo, estaban rojos, aunque empañados por la escarcha.

Envolviéndose en un largo peinador, corrió á la ventana y la abrió.

Una brisa helada, sana y punzante, entró en su cuarto, erizándola su piel con un frío agudo que la hizo llorar; y en medio de un cielo bañado en púrpura, un gran sol, resplandeciente y rubicundo como la cara de un borracho, aparecía detrás de los árboles. La tierra, cubierta de escarcha, dura y seca, sonaba bajo los pies de los mozos de labranza. Durante aquella noche todas las ramas que aún tenían algunas hojas las habían perdido; y detrás de la landa desnuda aparecía la gran línea verdosa de las olas, sembradas de rastros blancos.

Bajo las ráfagas, el plátano y el tilo se despojaban rápidamente. A cada soplo de la brisa helada, torbellinos de hojas desprendidas por la fuerte escarcha se desperdigaban en el viento como bandadas de pájaros. Juana se vistió, salió, y, por hacer algo, fué á ver á los colonos.

Los Martín alzaron los brazos al cielo, y la casera la besó en ambas mejillas; luego la obligaron á beber un vasito de noyó. Fué después al otro cortijo. Los Couillard alzaron también

los brazos, la casera la besó en las orejas, y tuvo que beberse un vasito de grosella.

Después de esto volvió para almorzar.

Aquel día pasó como la *víspera*, frío, en lugar de ser húmedo. Y los demás días de la semana se parecieron á estos dos; y todas las semanas del mes fueron semejantes á la primera.

Poco á poco, sin embargo, fué debilitando el sentimiento que la hacía echar de menos las comarcas lejanas. La costumbre echaba sobre su existencia una capa de resignación parecida al revestimiento calcáreo que ciertas aguas depositan sobre los objetos. Y una especie de interés por las mil cosas insignificantes de la existencia cotidiana, el cuidado de las sencillas ocupaciones normales, renació en su corazón. Desarrollábase en ella como una melancolía meditativa, un vago desencanto del vivir. ¿Qué hubiera necesitado? ¿Qué deseaba? Juana no lo sabía. Ninguna mundana necesidad le atormentaba; ninguna sed de placeres, ningún impulso hacía posibles alegrías; ¿cuáles, cuáles, por otra parte? Como las viejas butacas del salón, gastadas por el tiempo, todo se decolo-

raba poco á poco ante su vista, todo se borraba, adquiriendo un matiz pálido y sombrío.

Sus relaciones con Julián habían cambiado por completo. Desde el regreso de su viaje de bodas, parecía otro, como un actor que ha concluído su papel y adopta su fisonomía ordinaria. Apenas se ocupaba en ella, apenas si la hablaba; súbitamente había desaparecido todo rastro de amor, y eran raras las noches que entraba en su alcoba.

Había tomado á su cargo la dirección del caudal y de la casa, revisaba los ingresos apremiaba á los campesinos, disminuía los gastos; y revistiendo formas de noble labrador, había perdido su barniz y su elegancia de novio.

Aunque estaba lleno de manchas, no dejaba nunca un traje viejo de casa, un traje de terciopelo con botones de cobre, encontrado en su guardarropa de jovén; é invadido por la negligencia de las personas que no necesitan agradar, había dejado de afeitarse, hasta el punto de que su barba larga, mal cortada, le afeaba de un modo increíble. Ya no se cuidaba las manos; y después de cada comida se bebía cuatro ó cinco vasitos de cognac.

Juana había intentado dirigirle algunos tiernos reproches; pero él la había respondido con tanta brusquedad: «¿Quieres dejarme en paz?» que ya no se atrevió á darle consejos.

Había tomado su partido ante estos cambios, de un modo tal que á ella misma le asombraba. Julián se había convertido en un extraño, un extraño para quien estaban cerrados su alma y su corazón. Muchas veces pensaba en esto, preguntándose cómo podía ser que, habiéndose encontrado así, habiéndose querido, habiéndose casado en un transporte de ternura, se hallaban de pronto casi tan desconocidos uno á otro como si jamás se hubieran acostado juntos.

¿Y cómo era que tal abandono no la hacía sufrir? ¿Era así la vida? ¿Se habían equivocado? ¿No les guardaba nada el porvenir?

Si Julián hubiera seguido siendo guapo, elegante, cuidadoso, seductor, ¿hubiera sufrido mucho con su desvío?

Estaba convenido que después del día de año nuevo los recién casados se quedarían solos, y que papá y mamá volvería á pasar algunos meses en su casa de Rouen. Aquel in-

vierno los jóvenes no debían abandonar los *Pueblos* para acabar de establecerse, de acostumbrarse y recrearse en los lugares en que iban á pasar su vida. Además, tenían algunos vecinos á quienes Julián quería presentar su mujer: los Briseville, los Coutelier y los Fourville.

Pero aún no podían dar principio á sus visitas, porque hasta entonces les había sido imposible conseguir que viniese el pintor á cambiar las armaduras del coche.

En efecto, el barón había cedido á su yerno el viejo carruaje de familia, y por nada en el mundo hubiera consentido Julián en presentarse en los castillos próximos antes de que el escudo de los Lamare hubiera sustituido al de los Le-Perthuis-des-Vauds.

Pero no había en la comarca más que un solo hombre que conservase la especialidad de los adornos heráldicos, un pintor de Bolbec, llamado Bataille, á quien avisaban de todos los castillos normandos para que pintase preciosos adornos en las pertezuelas de los coches.

Por fin, una mañana de Diciembre, después de almorzar, vieron que un individuo abría la

verja y se adelantaba por el camino, llevando una caja al hombro.

Era Bataille.

Hiciéronle entrar en el salón y le sirvieron de comer como si hubiera sido un príncipe, porque su especialidad, sus relaciones incesantes con toda la aristocracia de la provincia, su conocimiento de las armerías, de los términos consagrados, de los emblemas, le habían convertido en un hombre-blasón, á quien los nobles estrechaban la mano.

Hizo que en seguida le llevaran papel y un lápiz, y mientras comía, el barón y Julián diseñaron sus escudos partidos en cuarteles. La baronesa, trastornada en cuanto se trataba de estas cosas, daba su opinión; y la misma Juana tomaba parte en el debate, como si repentinamente, hubiérase despertado en ella algún misterioso interés.

Durante el almuerzo, Bataille indicaba su opinión, tomaba á veces el lápiz, trazaba un proyecto, citaba ejemplos, describía todos los carruajes señoriales de la comarca, parecía llevar consigo, en su espíritu, hasta en su voz, como una atmósfera de nobleza.

Era un hombrecillo de cortos cabellos grises, de manos manchadas de colores, y que olía á esencias. Antiguamente había estado sometido á un feo proceso de ofensa á las costumbres; pero la consideración de todas las familias nobles del país había borrado aquella mancha hacía mucho tiempo.

En cuanto acabó de tomarse el café, le llevaron bajo la cochera y quitaron la tela encerada que envolvía el carruaje. Bataille le examinó, luego dió gravemente su opinión sobre las dimensiones que, á su juicio, debía de dar á su dibujo; y después de un nuevo cambio de ideas, se puso á la obra.

A pesar del frío, la baronesa hizo que la trajeran un asiento para verle trabajar; luego pidió un calentador para sus pies, que se le helaban, y empezó tranquilamente á hablar con el pintor, preguntándole sobre enlaces que ignoraba, sobre los muertos y los recién nacidos, completando con estas noticias el árbol de las genealogías que conservaba en su memoria.

Julián se había quedado con su suegra. A caballo en una silla, fumaba su pipa, escupía en